RECURSOS ESCUELA SABATICA
Comentarios de la Lección

II Trimestre de 2008
Jesús es maravilloso

Lección 10
7 de Junio de 2008

El significado de su muerte

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos"* (Marcos 10:45).

Introducción

¿Por qué razón Jesús tuvo que morir? ¿No alcanzaba con que Él enseñara la obediencia para que así pudiéramos ser transformados a un punto que, renovados, pudiéramos ser nuevamente aptos para la ciudadanía celestial?

La muerte de Jesús, ¿no parece una derrota? ¿Cómo es que, habiendo muerto, se hizo victorioso? ¿Cómo es que Satanás, habiéndolo matado, lo cual estaba dentro de sus planes, terminó derrotado? ¿Cómo es que los soldados romanos, y los sacerdotes –que cantaban victoria por haberlo crucificado como eran sus planes– con eso, en realidad, estaban perdiendo la batalla?

¿Y qué tiene que ver esa muerte con nuestros pecados? Al fin y al cabo, esa muerte, ¿no se podía evitar de ningún modo? ¿Quién, o qué, exigió el cáliz que Él no podía evitar si quería continuar salvando a la humanidad?

Estas son preguntas que analizamos en la lección de esta semana, y lo continuaremos haciendo durante el milenio y, como si éste no alcanzara, lo haremos durante la eternidad. Pero podemos comenzar en esta semana.

Nacido para morir

Jesús fue el único Ser humano que nació para morir. Aunque todos los que nacemos aquí morimos, el caso de Jesús fue diferente. Los seres humanos pueden, generalmente, morir de tres maneras: por la edad, por accidente, asesinato o a través del suicidio, y por alguna enfermedad. Jesús no encuadra en ninguna de estas condiciones. Casi podemos decir que Él fue asesinado, pero no fue el caso. Fue muerto, es verdad, pero –a diferencia de todos los seres humanos– su muerte fue planificada desde épocas inmemoriales. Y fue por amor. Notemos que Jesús no se mató por amor, como podemos ver por ahí, ni tampoco fue muerto porque lo amaban, sino porque Él amó.

Entendámoslo mejor. Jesús fue muerto por el odio que tuvieron hacia Él y, al mismo tiempo, por el amor que sintió a favor de los que lo estaban matando. Eso último nos incluye a nosotros, que tal vez no lo odiemos, pero nuestros pecados participaron en sus sufrimientos. Esa fue, sin duda alguna, una situación exclusiva: morir porque amó, en manos de quienes lo odiaban. Evidentemente, detrás de su muerte estaba el gran enemigo, Satanás, quien sólo puede odiar, aún cuando ya no tenga posibilidad alguna de salvarse. Manipulados por él, estaban los hombres que odiaban, aunque muchos de ellos no tenían idea que lo que estaban haciendo era algo tan ansiado por Satanás.

Jesús vino para morir, y para salvar a muchos, si fuera posible, a todos. El objetivo de su venida al mundo fue la de salvar. Y para esto necesitaba reconciliar a la humanidad con Dios, enseñándole a amar a Dios y al prójimo. Pero para salvar a los que aceptaran estas enseñanzas, necesitaba morir en lugar de ellos, morir en lugar de todos, incluso de aquellos que no lo aceptaran.

Simeón, en anciano que aguardaba el nacimiento de Jesús antes de pasar al descanso, quedó feliz al ver al Niño. Y dijo que ahora podía descansar en paz, pues ya había visto la salvación. Pero le previno a María lo que pasaría con Jesús, que había venido para “contradicción” de muchos, así como para el “levantamiento” de otros. Eso quiere decir que las personas debían escoger la vida o la muerte. Jesús vino para ofrecer la vida, pero se podía optar por el enemigo.

María vería su corazón traspasado por el sufrimiento de ver a su hijo vergonzosamente muerto en la cruz. Fue la persona que más sufrió después de Jesús, pues era su madre. ¿Cómo se sentirá entonces cuando resucite y vea a su hijo viniendo en las nubes de los cielos para salvarla? Ella misma, su madre, siendo salvada por su hijo, por medio del mal que tanto sufrió cuando lo mataron cruelmente…

Cómo sucedió (Mateo 27:45, 46)

Analicemos algunas cosas con respecto a la última semana de Jesús antes de morir. Los principales acontecimientos fueron:

- Domingo: Entrada triunfal en Jerusalén
- Lunes: Maldición de la higuera y purificación del Templo.
- Martes: Higuera seca; la cuestión del tributo; los saduceos cuestionan la resurrección; los fariseos cuestionan los mandamientos; el último sermón profético de Jesús; ungimiento de María; Judas se convierte en traidor.
- Jueves: Jesús es buscado, apresado, juzgado y condenado; Pedro lo niega tres veces; Judas se suicida; Jesús es azotado y escarnecido por los soldados; es crucificado, muere y es sepultado
- Sábado: La sepultura es sellada y custodiada por la escolta romana.
- Domingo: Bien temprano, Jesús resucita y proclama la victoria sobre la muerte.

Dentro de tales acontecimientos, lo que se destaca es el enjuiciamiento y la ejecución de Cristo. Debo confesar que es difícil comprender estos eventos. Sólo la mal-

dad humana incitada por el demonio logra que una persona que durante toda su vida practicó el bien sea arrestada, acusada de cosas inconcebibles y ser condenado a la peor de las muertes. No sin antes humillarlo de la manera más horrorosa posible.

Después de muerto, cuando la naturaleza que Él había creado se manifestó, admitieron que habían matado al Hijo de Dios (Mateo 27:54). Hay muchas cosas de las que sucedieron en aquellas semanas que nos dejan tristes. Y surge una pregunta: ¿Cómo habríamos actuado si hubiéramos estado allí? ¿Lo habríamos traicionado, como Judas? ¿Lo habríamos negado como Pedro? ¿Habríamos gritado "¡Crucifícale!", como lo hizo la gran mayoría del pueblo? ¿Habríamos permanecido en el anonimato e indiferentes, o asumido una postura de apoyo a Él? ¿Habríamos quedado perplejos con los sucesos, no entendiendo nada después de esperar que Él estableciera un reino terrenal? ¿Habríamos quedado decepcionados con la actitud de Jesús? ¿Habríamos huido como la mayoría de los discípulos? ¿O habríamos quedado cerca de Él, como lo hicieron Juan y las mujeres?

¿Hubiéramos estado conscientes de que Él estaba sufriendo mientras nosotros estábamos siendo salvados y perdonados? ¿Hubiéramos comprendido que eran nuestros pecados lo que estaba matando al Hijo de Dios? ¿Hubiéramos sido conscientes de que el sufrimiento físico que Él estaba sintiendo, y que era virtualmente insoportable, era infinitamente suplantado por el sufrimiento mental debido al sentimiento de culpa experimentado por nuestros pecados? Estas preguntas requieren que pensemos mucho. ¡Qué semana fue aquella!

Pues bien, tenemos otra semana como ésta por delante. Pronto se hará realidad. Será esa semana que viajaremos por el espacio con Jesús, rumbo al cielo. ¡Qué semana será esa! ¡Muy diferente, por cierto!

Lo que logró (Primera parte)

Pensemos un poco en la palabra *muerte*. No suena agradable a los oídos, y nunca genera una buena impresión. Normalmente nuestra actitud ante ella es la huida. Nunca aporta una solución, siempre es un problema. Cuando parecer ser una solución, es porque también es el problema. Es decir, si una persona muy enferma, y que sabemos que no tiene posibilidad de sanarse y sufre terriblemente por ello, cuando muere generalmente decimos: "Por fin está descansando". Esto porque la muerte resolvió la situación. Pero, en verdad, no es tan así. La solución bien podría ser otra, o sea, la curación, así como Jesús hacía con los enfermos de su tiempo.

La muerte siempre es el problema, y la vida siempre es la solución. Sin embargo, la muerte de Jesús fue la solución. El vino para resolver nuestro problema a través de su muerte.

Imaginemos que estamos en un avió y el piloto ha sufrido una súbita indisposición y está por morirse. Si esto sucede, moriríamos todos, pues el avión caería. Pero como este ejemplo es muy fantasioso, supongamos que la muerte segura del piloto puede ser sustituida por la muerte de un solo pasajero, si hubiera uno dispuesto a cambiar

su vida por la muerte del piloto, para así salvar a los demás. El tal sería aclamado como héroe, ¿no te parece?

Así sucedió en el caso de la muerte de Jesús. Al morir, una vez sufridas las angustias que siempre aporta el pecado, como lo es el sentimiento de culpa que todos los seres humanos experimentamos, resolvió nuestro problema: tener que morir para siempre porque somos pecadores.

La muerte de Jesús fue el único caso de todos los tiempos en los que esa muerte se convirtió en una solución para los seres humanos, y un problema insalvable para Satanás, que por ella fue derrotado. ¡Qué muerte más curiosa! ¿No crees? Al mismo tiempo que es una solución, es motivo de derrota para Satanás, aunque lo que Él quería era matar a Jesús. Satanás quiso todo el tiempo matar a Jesús, pero Él no quería que muriera sin pecar. Y eso fue lo que Satanás no pudo lograr. Ocurrió todo al revés, como Satanás no quería que pasara, o sea que Jesús muriera exceptuado de culpa por una acción propia.

En realidad, esa muerte fue una lucha: de parte de Satanás y sus agentes, intentando a toda costa hacer que Jesús perdiera la cabeza y cometiera un pecado, aunque fuera pequeño. Y de parte de Jesús, su lucha fue la de mantenerse obediente hasta la muerte.

En ese domingo por la mañana, y en ese mismo día, al ser recibido en el trono Celestial, antes de volver a la tierra nuevamente, fue aclamado como Vencedor, pues soportó la muerte, ¡y qué muerte!, viviendo sin cometer pecado alguno. Esa muerte fue la más provechosa de todos los tiempos, y también la más sufrida.

Lo que logró (Segunda parte)

Vamos a analizar dos conceptos que la lección presenta: la *propiciación* y la *reconciliación*.

La *propiciación* (o expiación, consternación, amargura, luto, pesar, suplicio, tristeza, tribulación), hace referencia al acto realizado en búsqueda del restablecimiento de la paz con Dios. O sea que Dios está airado por algún motivo, y ese motivo es el pecado.

Pero, en el caso de Dios, esta cuestión necesita ser mejor entendida. Nuestro Dios no necesita aplacar su ira, como supuestamente los dioses que no son capaces de serlo. ¿Y qué es la ira de Dios? El no está airado con el pecador, sí con el pecado del pecador. Es decir que Él está extremadamente contrariado por la contaminación que se ha producido en sus criaturas, porque así las está perdiendo, y ellas están sufriendo la agonía de una muerte lenta. Ese es el motivo de la ira de Dios. En otras palabras, Él está furioso con los motivos que llevan a sus criaturas a sufrir la muerte. Para que este proceso acabe de una vez, Él envió a su Hijo, para morir en lugar de sus criaturas, que Dios ama, para que ellas dejen de tener que pasar por la experiencia de esta tortura. Dios está airado con Satanás, y lo que ese enemigo ha puesto dentro de nosotros.

¿Y cómo se resuelve eso? A través de la *reconciliación*. ¿Y qué es la reconciliación? Ella se materializa a través de la muerte de Jesús, quien, asumiendo nuestros pecados y culpas, y sus respectivas consecuencias, vino a morir. Jesús murió de dolor en su conciencia por sentir la culpa de algo que Él nunca cometió. El que nunca pecó, se hizo pecado, para así liberarnos de la culpa.

Aquí surge la *reconciliación*. La tendencia a pecar que fue inculcada dentro de nosotros, empezando por Adán y Eva, y continuando a lo largo de los siglos, a partir de la muerte de Jesús puede cambiar de rumbo. Al entregarnos a Jesús, lo hacemos porque estamos sintiendo el deseo de cambiar. Ese cambio puede darse porque todos los pecados que habíamos cometido fueron pagados en la cruz. Esto significa que, si lo deseamos, no haya más un proceso judicial contra nosotros en el tribunal celestial, puesto que todo ya está pago. De nuestra parte, para que esto último sea una realidad, alcanza con que creamos en Cristo, en lo que Él hizo, deseemos el perdón, y permitamos que Él nos transforme en seres capaces de ser buenos nuevamente. Desde el momento en el que sintamos el anhelo de cambiar, y esto significa una conversión en nuestro rumbo, el Cielo –a su vez– puede operar en nosotros esa transformación.

¿Y qué es transformación? Es la capacitación para obedecer la Ley del amor, y aumentar continuamente el deseo de no pecar más.

¿Qué es entonces la reconciliación? Es el cambio de nuestra naturaleza, no la de Dios. Nosotros volvemos a tener la capacidad de amar en vez de odiar. De este modo pasamos a amar a Dios (reconciliados con Él), y amar a nuestro prójimo (reconciliados entre nosotros).

La seguridad del universo

La lección presenta un enfoque poco conocido con respecto a la muerte de Jesús. Ella no fue sólo un beneficio para los seres humanos de nuestro planeta, sino para todo el universo.

En nuestro planeta todos necesitamos de la cruz para salvarnos. Pero en otros planetas ellos necesitan la cruz para permanecer salvos y sin sufrir la amenaza del poder del enemigo. Estarían literalmente indefensos ante Satanás de no ser por la cruz. Con esto estamos diciendo que Satanás, de algún modo, podría llegar a engañarlos.

Mejoremos nuestro entendimiento acerca de esta cuestión. Cuando un tercio de los ángeles celestiales, que servían junto al trono del Creador y Dios Todopoderoso, cayeron siguiendo a otro líder, eso se evidenció en una cuestión crucial: Lucifer, aunque había actuado de modo impropio, ¿no habría tenido alguna razón al rebelarse contra Dios? ¿Estaba realmente tan equivocado Lucifer? ¿Será que sus argumentos no habrían tenido al menos algún fundamento que no habían podido ser notados por alguno de los demás seres del Universo?

El contexto de estos cuestionamientos surge de varios hechos. Lucifer era el ser más glorioso, inteligente y sabio de todos los demás creados. Estaba por encima de todas las demás criaturas, únicamente Dios estaba por encima de él. Evidentemente, no podemos dejar de tener en cuenta que Dios era, y es, infinito en todos sus atributos, y Lucifer, como todas las criaturas, es finito. Entonces, considerando el poder y inteligencia de Lucifer, fácilmente surgió en la mente de las criaturas menos dotadas de poder intelectual algo así como: "¿No estará Dios escondiéndonos algo que Lucifer sí pudo descubrir y que, al revelárnoslo, sería inconveniente para Dios?

Notemos: los seres del universo podían no estar de acuerdo con la metodología de la respuesta de Lucifer, pero, aún así, algo podía estar funcionando mal en el gobierno de Dios. ¿Arriesgaría Lucifer su reputación, su posición en el cielo por nada? ¿O era sólo ambición, como se decía por ahí?

Pues bien, sin la cruz, estos cuestionamientos martillarían las mentes de las criaturas no caídas durante toda la eternidad. Además, podrían dejar un resquicio para que la rebelión surja otra vez, y eso significa un elemento de inseguridad para todo el universo. A través de la vergüenza de la cruz podemos saber que el mal no se levantará por segunda vez, y eso es un elemento positivo de seguridad para todos (Nahúm 1:9).

¿De qué modo la cruz sirve como elemento de seguridad para todo el Universo? Esta seguridad se extenderá a lo largo de la eternidad. En la cruz el Universo pudo ver el amor de Dios. Aquello de lo que Dios siempre hablaba, que Él es amor, y que ama a todos, en la Cruz eso se volvió irrefutable. Allí el Universo pudo ver a su Creador muriendo humillado por un puñado de pecadores, masacrado por los pecados de todos los seres humanos, sin queja alguna; por el contrario, perdonando a todos.

Ese fue un día triste para el Universo. No hubo ser creado que no llorara en ese día, viendo a su Creador ante el enemigo, humilde, como siempre había dicho que era. Allí demostró que perdonaba a aquellos que lo estaban masacrando y humillando. Allí el Universo pudo ver quién era quién; quién ama de verdad, y quién odia sin poder contener su odio. Quién tiene la naturaleza de odio, ¿puede contener sus inclinaciones a la destrucción? Sin la transformación, eso es imposible para todos los seres caídos.

La cruz es una garantía para el Universo, porque en ella Dios probó quién era realmente El, y a través de ella se probó que los argumentos de Satanás, antiguamente Lucifer, son totalmente falsos. Los dos lados se revelaron plenamente, sin dejar algún margen para la duda acerca de lo que era el carácter de Cristo y el de Satanás. Desde la cruz en adelante no hay ningún margen para la duda, no hay posibilidad de que existiera una verdad escondida en la mente de Satanás que pudiera revelar algún secreto desconocido por todos, que vendría a fragilizar el gobierno de Dios.

Sólo resta ejercer un poco de paciencia. Imagina que Satanás tuviera alguna razón, aunque mínima, en sus argumentos contra Dios. Pronostiquemos lo que podría acontecer. Es fácil visualizar el futuro: totalmente inseguro, ¿no es así? ¿Y eso por qué? Porque Dios no sería nunca más alguien totalmente confiable. Y Lucifer, menos

todavía. Imagina que, aún teniendo alguna razón en contra de Dios, seamos gobernados por alguien que actúa como él que, para lograr algo, destruye a todo lo que se le cruza por delante. Partiendo de este argumento, ni Dios ni Lucifer serían confiables ante los demás seres del Universo. ¿Alguien podría ser nuestro soberano? No. Los seres creados vivirían para siempre bajo el miedo de un Dios que no se revela por completo, que no es del todo confiable, y teniendo en su gobierno a un opositor con el carácter malvado como Satanás.

Esta tesis perdió toda su fuerza en la cruz, ya no tuvo más ningún sentido pensar algo parecido. El Universo puede respirar aliviado y sentirse seguro bajo la soberanía de Dios, porque Él, realmente, es Amor.

Aplicación del estudio

Cuando Jesús dijo "Consumado es", Él estaba diciendo que el autor del drama del pecado estaba vencido, y ahora el hombre podía ser liberado de muerte para vida. Y como ya hemos visto, le dijo también al Universo que ahora podía ser plenamente consciente de quién era el que decía la verdad, si Dios o Satanás.

En la muerte victoriosa de Jesús se resolvió otra cuestión vital para la existencia del Universo: se garantizó la vida de todos los seres bajo la Ley de Amor de Dios. Si Jesús hubiera fracasado, es difícil cómo hubiera quedado la situación, pero una cosa es cierta: Dios y todos los demás seres del Universo tendrían que soportar a Satanás como oposición para siempre. Jesús habría quedado en inferioridad de condiciones, sujeto al poder de Satanás, quien lo habría vencido, tal vez convirtiéndolo en un vasallo. ¿Cómo habría terminado Jesús, la segunda Persona de la Trinidad? Es una situación complicada. Su humanidad estaría bajo el poder de Satanás, pero su Divinidad, como Creador, al Padre. Que cosa complicada, difícil de resolver a través de nuestro raciocinio. Pero eso, o algo parecido, es el riesgo que Jesús asumió al convertirse en un ser humano para morir entre nosotros, en una batalla de repercusiones eternas.

En el caso de la victoria de Cristo, la repercusión eterna fue la eliminación, para siempre, de la posibilidad de un nuevo resurgimiento del pecado. Pero si Jesús era derrotado en la batalla en la que Él, en el Getsemaní, sintió temor, el partido del mal no podría haber sido derrotado. Aquella batalla fue la definitiva. Satanás, o habría sido derrotado para ser luego eliminado, o vencería al frágil Hijo del Hombre, en condición humana.

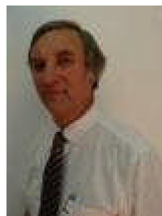
¿Cómo podemos explicar la previsión de que el mal no se levantará por segunda vez? En la Cruz se probó de manera concreta y radical la dimensión infinita del amor de Dios. El siempre había dicho que es amor, y de eso, por lo que sucedió en la cruz, no queda duda alguna. Pero aún así, sabemos que no hay decreto, de ese momento en adelante, que prohíba que en el futuro alguien se rebele nuevamente contra Dios. Todos nosotros seremos libres de hacer elecciones, como siempre lo hemos sido. ¿Cómo pues surge esta certeza profética de que el mal no resurgirá nuevamente?

De dos maneras. En primer lugar, si otro ser inteligente reiniciara una campaña en contra del Hijo de Dios, ¿alguien le creería, dudando del amor de Dios, después de lo que Jesús hizo en la cruz?

Por otra parte, es inadmisible que, después de tamaña demostración de amor, alguien todavía osara levantarse contra Dios. Nadie más, hasta el futuro de la eternidad, sentirá algún deseo de ser igual a Dios, o de desafiarlo. Y eso porque todos sabrán que, si eso sucede otra vez, Jesús iría nuevamente a una Cruz para morir por los que Él ama. Nadie más se atreverá a matar a Jesús por segunda vez, porque su amor probó que Él es capaz de superar todos los desafíos, vencer todas las batallas, aún en condiciones de inferioridad en las que estuvo Jesús.

Después de la cruz, los seres inteligentes amarán tanto a Jesús que jamás alguno de ellos dejará de amarlo. Simplemente por eso.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

Comentario da Liçao da Escola Sabatina

© Prof. Sikberto Renaldo Marks
(marks@unijui.tche.br)